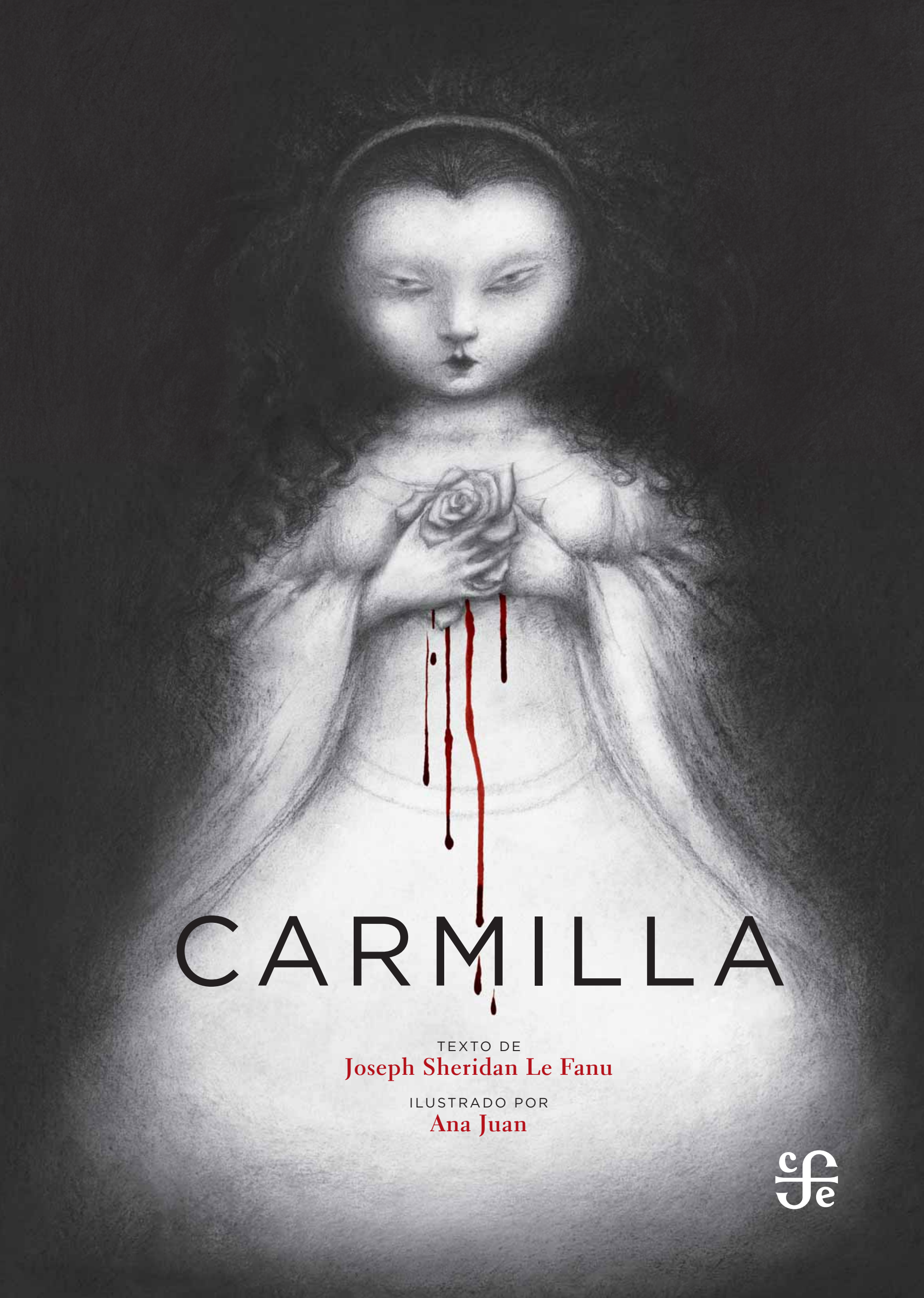




CARMILLA

TEXTO DE
Joseph Sheridan Le Fanu

ILUSTRADO POR
Ana Juan



Elásicos del Fondo

CARMILLA

*Al amor, infinito
como la noche en tu piel*
Ana Juan

Primera edición, 2013
Primera reimpresión, 2025

[Primera edición en libro electrónico, 2026]

Le Fanu, Joseph Sheridan
Carmilla / Joseph Sheridan Le Fanu ; trad. de Juan Elías Tovar ;
ilus. de Ana Juan. — México : FCE, 2013
104 p. : ilus. ; 34 × 24 cm — (Colec. Clásicos)
Título original: Carmilla
ISBN 978-607-16-1428-5

I. Literatura infantil I. Elías Tovar, Juan, tr. II. Juan, Ana, il. III.
Ser. IV. t.

LC PZ7

Dewey 808.068 L154c

Distribución mundial

© 2013, Ana Juan, ilustraciones

D. R. © 2013, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5449-1871

Editoras: Eliana Pasarán y Mariana Mendía
Diseño: Miguel Venegas Geffroy
Traducción: Juan Elías Tovar Cross

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN 978-607-16-1428-5 (impreso)
ISBN 978-607-16-9173-6 (electrónico-pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

CARMILLA

TEXTO DE
Joseph Sheridan Le Fanu

ILUSTRADO POR
Ana Juan



TRADUCCIÓN DE
Juan Elías Tovar



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

PRÓLOGO

En un papel adjunto al siguiente relato, el doctor Hesselius escribió una nota bastante elaborada, acompañada de una referencia a su ensayo sobre el extraño tema que revela el manuscrito.

En dicho ensayo aborda el misterioso tema con su erudición y agudeza de siempre, además de una franqueza y concisión excepcionales. Y semejante documento será apenas un volumen en las obras reunidas de ese hombre extraordinario.

Puesto que en la presente obra publico este caso simplemente para despertar el interés de “los legos”, no me adelantaré en nada a la inteligente dama que lo relata. Por lo tanto, tras la debida consideración, he decidido abstenerme de incluir algún resumen de los razonamientos del erudito doctor o algún extracto de sus declaraciones sobre un tema que, en sus propias palabras, “con toda probabilidad involucra algunos de los arcanos más profundos de nuestra existencia dual y sus grados intermedios”.

Tras descubrir este documento, estuve ansioso por restablecer la correspondencia que, años atrás, iniciara el doctor Hesselius con su informante, quien parece haber sido una persona perspicaz y meticulosa. Sin embargo, y muy a mi pesar, me enteré de que ella había muerto algunos años después de los acontecimientos.

Tal vez ella habría tenido poco que agregar a la narración que, hasta donde puedo determinar, transmite con gran diligencia y minuciosidad en las siguientes páginas.





UN PRIMER SUSTO

Vivimos en un castillo o *schloss*, en Estiria. De ninguna manera nos consideramos una familia señorial, pero en esa región del mundo, una pequeña renta de ochocientas o novecientas libras al año hace maravillas. En nuestra tierra de origen —mi padre es inglés e inglés es mi apellido, aunque nunca he visto Inglaterra—, apenas habríamos podido contarnos entre la gente acomodada. Sin embargo, en este lugar solitario y primitivo, donde todo es tan extraordinariamente barato, tenemos tantas comodidades, e incluso lujos, que no concibo que tener más dinero pudiera sernos de mucho provecho.

Mi padre sirvió en el ejército austriaco; al retirarse, su patrimonio y su pensión fueron suficientes para comprar a precio de ganga esta residencia feudal, con la pequeña finca en la que se encuentra.

No puede haber nada más pintoresco ni más solitario: el castillo está construido sobre una suave colina en medio de un bosque; el viejo y angosto camino pasa por delante del puente levadizo, que nunca he visto alzarse, y frente al foso lleno de percas, en cuya superficie adornada de blancos nenúfares nadan los cisnes.

Dominando este conjunto se yergue el castillo, con su fachada de numerosas ventanas, sus torres y su capilla gótica.

Frente a la verja, el bosque se abre en un claro irregular y pintoresco. A la derecha, el camino pasa por un empinado puente gótico tendido sobre un arroyo que serpentea a través de las sombras profundas del bosque. He dicho

que éste es un lugar extremadamente solitario. Juzgue usted si digo la verdad: si miramos hacia el camino desde la puerta principal, el bosque que rodea nuestro castillo se extiende veinticinco kilómetros a la derecha y veinte a la izquierda, y el pueblo habitado más próximo se encuentra hacia el lado izquierdo, más o menos a unos once kilómetros. El castillo más cercano y de alguna importancia histórica es el del viejo general Spielsdorf, que se ubica a casi treinta kilómetros a la derecha.

He dicho “el pueblo *habitado* más próximo” porque a sólo cinco kilómetros hacia el oeste, es decir, en la misma dirección que el castillo del general Spielsdorf, hay un pueblo en ruinas. En la nave de su pequeña iglesia, ya sin techo, están las tumbas mohosas de la orgullosa familia Karnstein. Antaño esta familia, hoy extinta, fue dueña del desolado castillo que desde la espesura del bosque domina las ruinas silenciosas del pueblo. Sobre la causa del abandono de este paraje imponente y melancólico existe una leyenda que contaré más adelante.

Ahora debo hablar de los habitantes de nuestra casa. Excluyendo a los sirvientes y a los empleados que ocupan los edificios anexos al castillo, el grupo era diminuto. ¡No lo va a creer!: la familia la constituíamos mi padre, que es el hombre más bueno del mundo pero está envejeciendo, y yo, que en la época de mi historia tenía apenas diecinueve años; han pasado ocho años desde entonces. Mi madre, una dama de Estiria, murió siendo yo muy pequeña, pero tuve una aya de buen corazón que estuvo conmigo casi desde mi primera infancia. No recuerdo una época en que su cara regordeta y bondadosa no me fuera una imagen familiar. Se llamaba Madame Perrodon y era oriunda de Berna; sus cuidados y buen corazón compensaron en parte la pérdida de mi madre, a quien ni siquiera recuerdo por lo pequeña que era yo cuando ella murió.

Madame Perrodon era la tercera persona en nuestra modesta mesa, y la cuarta era Mademoiselle De Lafontaine, una institutriz que, si no me equivoco, ustedes llaman “de refinamiento”. Mademoiselle De Lafontaine hablaba francés y alemán, y Madame Perrodon, francés y un inglés chapurreado; mi padre y yo hablábamos inglés todos los días, en parte porque no queríamos que se perdiera el idioma entre nosotros y en parte por motivos patrióticos. El resultado de todo esto era una babel que solía provocar las risas de la gente ajena a la casa y que intentaré no reproducir en mi narración. Yo tenía además dos